

MEMORIAL DE ARTILLERIA

MEMORIAS DEL DOS DE MAYO

LA CONFABULACIÓN DE LOS ARTILLEROS

POR

◊. JUAN PÉREZ DE GUZMÁN



MADRID

IMPRESA DEL CUERPO DE ARTILLERIA

—
1889

89
2
76

ARCHIVO FACULTATIVO DE ARTILLERIA

Indice por orden { alfabético P
de materias 2-3º

Estante 3 P

Tabla No

BD-3900
ML-R-167-C
1890/82

MUSEO DE LITERATURA MILITAR

ESTADO MAYOR

SERVICIO HISTORICO



EL EJERCITO ESPAÑOL

Inscripción
Clasificación
Colocación { Sala
Estante 14
Tabla 3
Núm. 1890
- 82 -

1889

82

ARCHIVO
FACULTATIVO DE ARTILLERÍA

MEMORIAS DEL DOS DE MAYO

LA CONFABULACIÓN DE LOS ARTILLEROS (*)

I

En medio de aquella fatídica situación, la empresa más gallarda fué la proyectada por un puñado de bizarros oficiales de Artillería.

En los últimos tiempos del reinado de Carlos IV este Cuerpo, siempre distinguido, había sido objeto de especial predilección, así del Rey y de la Reina como del Príncipe Generalísimo, á quien desde el 1.º de enero de 1804 se nombró Director del Colegio de los Cien Cabaleros Cadetes. Ayudando á la Real Armada en las varias empresas de América contra los ingleses de la manera airosa que antes lo había verificado en las campañas del Rosellón y aun en la brevísima de Portugal, se habían revelado multitud de oficiales muy brillantes en quienes se reunían las condiciones más recomendables de la reli-

(*) Del libro inédito *Los héroes y las víctimas del Dos de Mayo*, dedicado á la señora doña Carlota de Húmara y Fernández Durán, viuda de Levenfeld. — Parte III. — Libro X. — Fragmento.

gión de la milicia: valor y pundonor, ilustración y experiencia, espíritu colectivo de Cuerpo y noble emulación personal, moralidad y disciplina, deseo sincero de adelantos, fértil iniciativa y dócil obediencia. Era un Cuerpo no numeroso, sí cerrado, que se extendía y ramificaba, sin embargo, por todos los vastos dominios que todavía á la sazón España gobernaba.

La comunicación de sus miembros entre sí, desde los climas más distantes, era tan fraternal y frecuente como cordial y obsequiosa. En todo el Cuerpo reinaba la unidad más perfecta de conducta, de pensamiento y de acción. Lo que uno quería, lo querían todos; lo que pensaba, calculaba ó discernía un artillero de la Junta Superior ó del Estado Mayor de Madrid, del Alcázar de Segovia, de las fábricas de Toledo ó de Plasencia ó de las Escuelas departamentales de Barcelona ó de la Coruña, era lo mismo que discernían, calculaban ó pensaban todos los artilleros de los departamentos de Barcelona, Cartagena, Sevilla, la Coruña, Segovia, Canarias, Méjico, la Habana, Cartagena de Indias, Caracas, Guatemala, Puerto Rico, Buenos Aires, Lima, Chile y Filipinas.

Así en la correspondencia epistolar del Príncipe de la Paz con los Reyes Don Carlos y María Luisa, como en las *Memorias apologéticas* posteriores de aquel célebre Ministro, escarnio de la fortuna humana, se habla mucho de las grandes reformas que bajo su influjo se habían introducido en el Cuerpo, con ventaja general del arma y particular de sus individuos. Antes de la Ordenanza de 1802 aquél se regía por un Estado Mayor de oficiales y compañías sueltas de artilleros á cargo de un Jefe superior, con denominación varia, según diferentes épocas. El Príncipe de la Paz lo reorganizó sobre una base de unidad más perfecta, formando un verdadero Cuerpo, aunque ramificado por toda la Península y las provincias de Africa, América y Oceanía.

Tenía en 1808, bajo el gobierno facultativo de un Jefe de Estado Mayor, que lo era el Mariscal de Campo don

José Navarro Sangrán, Marqués de Casa-Sarriá, una compañía de Caballeros Cadetes en el Real Colegio militar de Segovia, cuatro regimientos de 10 compañías cada uno, de los cuales seis á caballo, 62 compañías fijas de artilleros veteranos, 74 de milicias disciplinadas sin oficiales ni sargentos, los artilleros inválidos agregados á las compañías fijas y cinco compañías de obreros de maestranza. Tenía además 605 oficiales, á saber: un Jefe de Estado Mayor y 12 Subinspectores Comandantes de departamentos, de los cuales seis eran Oficiales generales y seis Brigadieres con letras de servicio; cinco Jefes de Escuelas, Brigadieres, 34 coroneles, 48 tenientes coroneles, cinco sargentos mayores, 155 capitanes, 199 tenientes y 216 subtenientes. Dos de sus oficiales más distinguidos de continuo sirvieron como Ayudantes de Campo á las órdenes del Príncipe de la Paz: los dos últimos fueron el capitán D. Joaquín de Osma, que luego pasó á la Secretaría del Estado Mayor del arma, y el teniente D. Joaquín Escario.

Hallándose mal alojados en la capital, sobre todo el Parque, Museo y Armería, el Príncipe de la Paz les proporcionó el palacio de Monteleón, suntuosa obra de don Jerónimo de Churriguera, morada regia que había sido del Rey Don Felipe V y de la Reina Doña Isabel de Farnesio cuando el primero abdicó la Corona, y que pertenecía á los descendientes de Hernán-Cortés, Marqueses del Valle de Oaxaca, Duques de Monteleón y de Terranova, los cuales, por entronques de familia, habían pasado á establecerse en Italia. Tenía grandes y espaciosas salas, soberbios almacenes, cómodas cuadras, diversos edificios agregados para viviendas y oficinas subalternas y extenso jardín y pradera, comprendiendo todo el local un área de 617.248 piés cuadrados de superficie. Una carta del Príncipe de la Paz á S. M. la Reina María Luisa, fecha de 23 de marzo de 1807, decía acerca de esta mejora: «Los artilleros desean ya su traslación al nuevo Parque y oficinas, perfectamente arreglado. Todos están muy

contentos.» En efecto, antes de concluir aquel estío ya el Cuerpo había erigido en el palacio de Monteleón el depósito de las armas entregadas á su custodia: allí tenía sus cañones, sus atalajes, su cuartel, su ganado, sus municiones y sus pertrechos, y allí, por último, se habían organizado en un gran Museo, con las más exquisitas reglas del arte y del buen gusto, sus colecciones históricas y facultativas. Aquel era el núcleo siempre vivo de los del arma en Madrid.

II

Abrigábase respecto á los artilleros la confianza más firme de su lealtad incorruptible y sus oficiales eran los preferidos para las comisiones árduas y de más empeño. Cuando el Gran Duque de Berg, Lugarteniente del Emperador, desviándose con su ejército del camino de Portugal que estaba convenido, llegó, por la recta que conducía á la Corte, á los linderos de las dos Castillas, un oficial del Cuerpo, el capitán D. Pedro Velarde, Secretario de la Junta Superior del arma, fué enviado á su encuentro para explorar sus intenciones. Ya otros capitanes de Artillería habían llenado comisiones recientes de análoga responsabilidad, como la que llevó á Barcelona al Conde de Ezpeleta de Veyre el ya citado D. Joaquín de Osma para prevenir al Capitán general de Cataluña de la conducta que había de observar con los invasores.

Proclamado Fernando VII y restituído de Aranjuez á Madrid, luego que llegó, sintióse acorralado en su propia morada por las posiciones de que los franceses se habían hecho dueños dentro de la capital y en sus inmediaciones. Madrid parecía una plaza tomada al enemigo, dentro de la cual el Rey se hallaba aún más que secuestrado, convertido en un verdadero prisionero. Cohibido su poder y el de sus Ministros, espiados hasta sus pensamientos y contrariadas hasta sus más sencillas determinaciones de

la vida común, existía una situación de violencia; por todos disimulada, que era preciso dominar de alguna manera.

En la tarde del 6 de abril, pretextando una visita al nuevo Parque de Monteleón, que aún no había visto, el Rey, solo, á caballo, sin más servidumbre que un caballero de campo, y con ruta tan incierta que frente al Hospicio tuvo que preguntar á un transeunte, que le sirvió de guía, dónde se hallaba el edificio militar que buscaba, presentóse inopinadamente en él. Rodeado al momento de los oficiales del Cuerpo, recorrió las salas, pulcramente arregladas, los albergues de los soldados, las cuadras, los almacenes y los talleres, deteniéndose mayor tiempo en la sala de armas. No se pronunció durante aquella visita ni por parte del Monarca más palabras que las de la urbanidad ni por la de los jefes más protestas que las del acatamiento. Sin embargo, al salir, casi caída la tarde, y montando de nuevo en el brioso bayo que llevaba, algunos oyeron de labios del Rey: *¡Estos son míos: ellos guardarán mi Corona y velarán por el honor de la patria!* Y el movimiento de todos los corazones de aquellos oficiales, en su mayoría jóvenes y entusiastas y en aquel instante llenos de anhelante emoción, parecía, aunque en silencio, responder: *¡Cierto: moriremos todos por el Rey y por la patria!*

¿Fue tácita ó convenida aquella inteligencia? Nunca podrá resolver esto la historia, perdidos los datos necesarios entre el torbellino de los detalles preciosos que la curiosidad no consigna en los documentos escritos, y que el tiempo devora juntamente con los últimos testigos que fueron sus depositarios. No obstante, el genio de Velarde ya había conseguido infundir en el alma de sus compañeros el odio que contra los franceses concibió durante su breve estancia en Buitrago, cuando fué á los cumplimientos del Príncipe Murat. No se sabe si por aquel tiempo la posterior conspiración formal que organizó contra los invasores había establecido sus primeros fundamen-

tos Debe sospecharse así. De cualquier manera, todos los oficiales del arma se hallaban ya entre sí á lo menos en íntima complicidad de deseos.

III

Pasaba á la sazón el capitán D. Pedro Velarde y Santiyán por el más brillante oficial del arma de Artillería. Su prestigio y su ascendiente entre sus compañeros era inmenso; ¡y sin embargo no tenía más que veintiocho años! Nacido en 1779 en Muriadas, en el valle de Camargo, de las antiguamente llamadas Asturias de Santillana; de padres nobles y aún más honrados que nobles, desde que á los catorce años entró, en clase de cadete, en el Real Colegio militar de Segovia, prendió la simpatía de sus profesores por su natural despierto, la lucidez de su inteligencia, su franco y alegre carácter, su trato apasionado y sencillo y su infatigable aplicación.

Poseía el ansia de saber y el instinto del mando, y sus tempranos merecimientos le hicieron ocupar en breve el puesto de brigadier de la compañía, que conservó hasta el término de sus estudios escolares.

Desde la Academia militar, codicioso de lauros, de ascensos, de nombre, pasó á la práctica de la guerra en el ejército de Extremadura. Aquella campaña de Portugal de 1801 fué un simulacro; pero bastóle el ensayo para tomar los aires y la afición á los campamentos. Mas como, por fortuna, tras la guerra con Portugal vino largo período pacífico, Velarde volvió de nuevo al teatro científico de su arte y carrera, destinándosele al profesorado en las aulas facultativas de Segovia. Con los libros y programas aprendió siempre aún más que enseñó, y en aquella época entregóse á la alta especulación de las teorías matemáticas sublimes, estudios que alternaba con los ensayos prácticos de la física y de la química con Antillón y con la lectura de la historia en la tertulia de oficiales pro-

fesores que todas las noches se reunía en casa del coronel Rodríguez.

Por la amplitud de sus conocimientos, así técnicos y facultativos como orgánicos y económicos, fué llamado dos años después, en 1806, á la Junta Superior del arma, afecta al Estado Mayor. Todo lo sabía, todo lo penetraba; su noble emulación le estimulaba sin descanso al anhelo de adquirir cuantos conocimientos estaban al alcance de los demás hombres. De todos sus cálculos y trabajos científicos de aquel tiempo han quedado pruebas preciosas que contribuyen á la admiración de sus talentos y que corroboran el aserto de sus apologistas y compañeros de armas D. Francisco Novella y D. Ramón de Salas, los cuales testifican que si la muerte no le hubiera abrazado tan prematuramente en el seno del heroísmo, aquel digno miembro de la siempre afamada milicia española habría llegado á ser uno de los Generales que hubieran gozado en Europa más merecido renombre.

En el Archivo facultativo de Artillería se conservan dibujos originales de su mano, trazados para demostrar la variación que introdujo en la cuña de la cureña de Griveanval, á fin de aumentar, cuando conviniera, la depresión de las piezas. En la Academia de Ciencias de París consta del mismo modo la *Memoria* que escribió por encargo de la Junta Superior Facultativa para responder á la consulta dirigida por aquella ilustre Corporación á los sabios de España pidiéndoles informe sobre el cálculo de la máquina de Grouwer para medir la velocidad de los proyectiles. Velarde, en dicha *Memoria*, no sólo descubrió el mecanismo de la máquina, sino que justificó algunos errores de que adolecía. Por último, en el Archivo histórico de la Dirección general del Cuerpo aún se custodian con religioso esmero los fragmentos de otros estudios, ya teóricos, ya prácticos y siempre técnicos, que tenía Velarde en meditación y en su pupitre al ocurrir su trágica muerte. Por todos estos conceptos, su apologista Novella sintetizaba su juicio militar sobre Velarde

diciendo: «Era excelente militar, buen matemático, mejor artillero, y estaba dispuesto á ser gran político. Todos sus compañeros estaban persuadidos de la superioridad de sus conocimientos y disposición particular, y en lo científico lo comparaban con los Ríos, Morlas, Heros y Dátoli, que eran ó habían sido honra del arma en España.»

Tan atractivo como el oficial pundonoroso y ávido de saber, de reputación y de gloria, era el hombre. Novella, que le trató con intimidad desde que tenía dieciocho años, no solamente elogia sus luces de la mayor extensión, su ilustración sobresaliente y el genio militar que en él imponía desde tan joven, sino que alaba los finísimos principios de su educación y aquel dón de gentes con que conquistaba las amistades, á pesar de la viveza impetuosa y arrogante de su carácter, que le daba un tinte de presunción y fatuidad. Los sueños de su mente eran las grandes empresas, y poseía audacia y ambición proporcionadas para acometerlas y valor y aguante suficientes para ejecutarlas. Como su actividad era infatigable, á pesar de los estudios particulares que emprendió para castigar el tiempo que podía dedicar al ocio, se hallaba muy descontento en Segovia cuando fue allí profesor. Y como era ambicioso y algo impaciente, en su correspondencia con Antillón, uno de sus promocionarios, se quejaba de lo mal que estaba el Cuerpo y, sobre todo, de las lentitudes de los ascensos. «¿Seremos capitanes primeros?, decía Velarde á Antillón en una de estas cartas (15 de junio de 1806). ¡Seremos capitanes primeros en 1809!»

Su paso á la Secretaría de la Junta Superior fué un gran alivio para los tormentos de su espíritu. Tuvo muchos asuntos y de muy variadas materias en que distraer su atención, y comenzó á vivir en su elemento, pues sabía pasar de unos empeños á otros sin notar el tránsito siquiera, y podía á la vez espaciar sus facultades prodigiosas en los asuntos más disconformes, aplicando á to-

dos y á cada uno igual grado de comprensión y de intensidad. Perspicaz por todo extremo, carecía de malicia: tenía la confianza que inspira la conciencia de la superioridad.

Su estatura no era muy elevada, pero sí gallarda: medía cinco piés, una pulgada y ocho líneas. Sus miembros eran bien proporcionados y su porte airoso y elegante. El matíz de su rostro era blanco sonrosado; pequeños los ojos, pero tan vivos que centelleaban, y sus facciones, aunque poco movibles, se iluminaban y escandescendían cuando las animaba el fuego de las disputas, en que era muy apasionado y se acaloraba. No por eso perdía los rasgos de su bondadosa amabilidad, que resaltaba con lo exquisito de sus corteses maneras.

Nutría de su fe á los que le escuchaban, y la seducción de su palabra le conquistaba prosélitos. Amábanle y considerábanle sus compañeros, y en sus subordinados y en todos infundía admiración y respeto. Tuvo dón especial en la elección de amigos, y los cosechó apasionados entre sus iguales, entre sus superiores y entre sus inferiores.

IV

El más constante de todos, el consultor íntimo de sus actos, el confidente de sus emociones y pensamientos, el hermano, en fin, era D. Luis Daoíz, otro capitán del Cuerpo más aventajado que él en la carrera, donde tenía un pequeño grado de superioridad jerárquica, mayor antigüedad, limpios y aplaudidos servicios con hechos gloriosos de campaña y una reputación halagüena y sin sombras. El rubio sol de Sevilla, donde había nacido en 1767 en ilustre cuna amayorazgada, no había dado á aquella alma serenamente templada el nervioso y movable temperamento de las naturalezas meridionales.

Novella también lo retrata como la imaginación se lo

figura. Conocióle y túvole por amigo y camarada desde las escuelas de Segovia, que los dos visitaron juntos. En toda la persona de Daoíz, según el testimonio de Novella, se transpiraba la distinción de la cuna. Desde la juventud fué adulto. Su temprana moderación y prudencia le adquirieron entre sus compañeros el dictado de *el anciano*.

Su virtud más arraigada era el pundonor, en que hacía estribar el culto severo que tenía de su persona. El pundonor fué la musa de su aplicación en los estudios; él le dió la dignidad y el aplomo de su conducta meditada é irrepreensible. Los austeros principios que profesaba acerca de la subordinación y de la disciplina por él formaban en su conciencia la alta idea que tenía de los estrechos deberes de la religión de la milicia. También el pundonor fué el ídolo que después de haber autorizado su reputación y su nombre en muchas empresas porfiadas, le hizo subir triunfante las gradas del heroísmo.

Era Daoíz de pequeña estatura, su talla no llegaba á cinco piés; mas en aquel cuerpo pequeño y menudo encerraba un alma grande y los alientos de un espíritu inmortal. Su aspecto era agradable, distinguido su porte. Tenía extremada pulcritud en el traje; decencia, como cierto autor ha escrito, que anuncia el respeto de sí mismo y atrae el de los demás. Su rostro moreno claro tenía la perfecta proporción de las facciones bajo el sello de la energía varonil. Su mirar era noble é interesante y graciosa su sonrisa, que acompañaba ordinariamente á las gallardías ingeniosas de su familiaridad.

Disputaba poco, exponía sus opiniones con comedimiento y mostraba respeto á las de los demás. En la intimidad dulce, en el trato afable, en la correspondencia del mundo sencillo y servicial y con sus subordinados llano, aseQUIBLE, atento y benévolo, también inspiraba hacia su persona las más sólidas afecciones. Ninguno de los superiores que tuvo en los diversos puestos de su carrera dejó de tratarle ya siempre como amigo. Del núme-

ro de éstos fueron algunos de los héroes más sublimes de su tiempo: Don Federico Gravina, que le vió tomar en Africa el bautismo de las acciones militares; D. Antonio de Escaño, bajo quien sirvió en el empleo y mando de las fuerzas sutiles de Cádiz contra los ingleses; D. Dionisio Alcalá Galiano, con quien compartió el fruto de las presas marítimas hechas á los enemigos en los dos viajes redondos que, sirviendo la artillería de mar, hizo á América á bordo de nuestros navíos de guerra.

En sus iguales infundía los mismos afectos de atracción que Velarde sentía por él. Novella le apellida *el más grato de sus amigos y compañeros*, habiéndolo sido los dos, como se ha dicho, de estudios, de campamentos y aun de prisiones en Francia. Sus subordinados no le olvidaron nunca. Todos tenían de Daoíz esa persuasión instintiva que no se razona, de que pertenecía á aquella clase de hombres superiores, que ni ellos mismos saben lo que son hasta el momento en que las circunstancias los revelan en la plenitud de su grandeza.

En los despachos que acreditan sus grados en la carrera se leen notas de la mayor excepción. «Por su aplicación y aprovechamiento en las matemáticas» se le eligió subteniente de Artillería, y el grado de teniente de infantería se le concedió en 1791 «por el mérito y servicios particularmente contraídos en la defensa de la plaza de Orán.» En aquel tiempo se trató de una expedición á Tánger, y Daoíz estaba nombrado con otros oficiales para el servicio de la Artillería en las lanchas cañoneras. La paz con los argelinos evitó que el ilustre artillero aumentase los títulos de su fama en nuevas empresas en Africa, que para el soldado español tendrán siempre el carácter de empresas nacionales.

En la guerra del Rosellón, las baterías que Daoíz mandaba, frecuentemente pelearon en la vanguardia y puestos avanzados; su cañón repetidas veces tuvo el honor de empezar el fuego en las batallas. Novella dice que en aquella campaña «se distinguió en valor y se acredi-

ARCHIVO

FAULTATIVO DE ARTILLERIA

tó por uno de los mejores oficiales del arma, habiendo notado y enmendado por sí mismo algunos errores que su teórica aplicada á la práctica de aquella guerra le hizo conocer, sirviendo sus observaciones y apuntes, que conservó, para ilustrar la facultad en ocasiones en que se halló como vocal en varias brigadas que tocaron puntos y decidieron cuestiones relativas al arma de Artillería.» También es de Novella la especie de que, cuando Daoíz cayó prisionero y fué conducido al depósito de Tolosa de Francia, hasta entre nuestros enemigos se hizo querer y respetar, considerándole por su ilustración y profundidad, no sólo en materias de su profesión, sino en otras. Se le invitó, hecha la paz, añade Novella, cuyo informe nunca se ha publicado, á quedar en servicio de Francia: pero sin desviarse de una precisa política para no chocar, supo despreciar las pretensiones y halagos y preferir siempre como buen español la vuelta de su patria.

Mostraba tal desden por sus beneficios particulares, que trece meses anduvo por los mares de América sin saber su propio ascenso á capitán. Hallándose en la Habana, por una *Gaceta de Madrid* que por casualidad cayó en sus manos, lo supo con indiferencia. En cambio, cuando el artillero de los de su mando en el navío *San Ildefonso*, Antonio Martín, se halló enfermo del cólera en Veracruz, diariamente le visitó y mandó cuidarle con la solicitud más esmerada, y á otro de sus artilleros, Juan Ruíz, que del vómito murió en la Habana, hizo que todos sus subordinados le acompañasen para darle sepultura. Así sus soldados le querían como al paternal protector vigilante de su vida y de su bien.

Las observaciones sobre balística que, según Novella, escribió Daoíz en el mismo terreno práctico de la guerra durante la del Rosellón, no han llegado hasta nosotros, ni conocemos obra ninguna suya, más que un estudio táctico ó *Método que debe usarse para la enseñanza de la tropa y marinería en los ejercicios del cañón y abordaje*,

que debió redactar hacia 1797, y que se halla entre los papeles que á su muerte recogió de su casa D. Manuel Almira, y que en 1813 fueron depositados en la Dirección General de Artillería. Es obra baladí que nada aumenta al crédito científico, aunque lo confirma, de tan brillante oficial del arma.

V

Los acontecimientos á que dieron pretesto la segunda guerra de Portugal y el tratado de Fontainebleau, encontraron á Daoíz empleado en el mando de la tropa de artillería que se hallaba destacada en esta capital para hacer el servicio, teniendo además el encargo del detall de la plaza. Correspondíase con Velarde y con los demás jefes y oficiales del arma con la intimidad que establecía la estrecha unión de que antes se ha hablado entre todos los individuos del Cuerpo, y participaba de la admiración entusiasta del nuevo secretario de la Junta Superior Facultativa hacia el mónstruo de aquel tiempo, el artillero Emperador Napoleón Bonaparte, cada una de cuyas portentosas campañas era un prodigio de habilidad en la estrategia, de celeridad y exactitud en los movimientos y de precisión y acierto en los cálculos.

Rayaba en fanatismo la pasión que uno y otro profesaban al terrible trastornador. Como hombres ilustrados é imbuídos en las ideas generales de su tiempo, no dejaban de sentir hacia Napoleón la doble simpatía que en los corazones generosos y en las almas ingenuas inspiraba el restaurador de la libertad y de la independencia humana, que despertó la adoración, por donde muchos pueblos, como Italia, se perdieron. Con todo, en el culto de estos sentimientos había la inevitable diferencia de temperamentos tan opuestos; en Velarde tomaban el carácter de efervescencia, que era peculiar de su espíritu apasionado, mientras que á Daoíz lo llamaban á otra más

honda reflexión, Y, no obstante, ni en éste que solía analizar con meditación sostenida los móviles de la política del gran hombre, ni en aquel en quien la inspiración y el instinto superaban en el golpe de vista certero las cualidades razonadoras, llegaron á infundir temor alguno por la patria en el principio de la invasión los avances del ejército francés, mientras Junot se limitó á ir tomando las posiciones que le aseguraban la ruta trazada desde 1801 para la irrupción de Portugal. La venda comenzó á caérseles de los ojos luego que se produjeron los ruidosos é inexplicables sucesos del Escorial, y en la alta intimidad de ciertos círculos, pudieron traslucirse los pérfidos manejos de Mr. de Beauharnais en la primera conspiración frustrada del Príncipe de Asturias contra su padre el anciano Carlos IV.

Daoíz tenía fuertes vínculos de parentesco, y hasta cierta mano en algunas esferas de Palacio, por medio de la camarera de la Reina María Luisa, Doña María Manuela Daoíz, mujer que fué del tesorero de ejército D. Cayetano Urbina, á quien más tarde se confirió el título de Conde de Cartaojal. Toda la familia de su padre gozaba inmediatamente el favor de los Reyes, y sobre todo el Teniente General de la Armada, D. Fernando Daoíz, á uno de cuyos hijos Carlos IV acababa de darle plaza de caballero-paje, considerándose todos como de la servidumbre y familia de la Real Casa. Todo lo que en aquellas ocurrencias, que dieron pábulo á la famosa causa contra el Príncipe Fernando, quedó en el secreto del gabinete, y no trascendió ni aun á la esfera del más condecorado vulgo cortesano, por la actitud en que en Saint-Claub se colocó el Emperador con nuestro embajador príncipe de Masserano, y con nuestro agente secreto D. Eugenio Izquierdo, actitud que agravó la situación recelosa del Rey y del Príncipe de la Paz su ministro, fué conocido en su ominosa verdad por el bizarro capitán de Artillería y conferido en las reservas de la mútua intimidad con el secretario de la Junta Superior del arma. De manera, que

desde entonces, así en Daoíz como en Velarde, entibióse aquel afecto caloroso hacia Napoleón y el país que gobernaba, y con la amarga contrariedad que la decepción produce en almas jóvenes, generosas y espontáneas, comenzó á trocarse primero en inquietud y desconfianza, después en justificada suspicacia y ódio y más tarde en implacable aversión y cólera violenta todo el apasionamiento que habían sentido hácia el doloso embaucador de España.

Estos sentimientos se afirmaron más y más después de la comisión confiada por el Príncipe de la Paz al capitán D. Pedro Velarde, cuando con otros oficiales mandóle á Buitrago á cumplimentar al Gran Duque de Berg, y sobre todo á explorar las intenciones con que se había dado á persona tan caracterizada en el artificio del Imperio una misión en la Península, que, supuestos el estado de amistad aparente entre España y Francia y la letra de los tratados, no parecía tener teatro de acción proporcionada á su graduación principal.

Coincidió el regreso de Velarde y de la comisión militar de que formaban parte el exento de Guardias de la Real Persona D. José Pacheco y el capitán abanderado de las Walonas, D. Francisco Javier Cabanes, con la explosión revolucionaria de Aranjuez. Sucesivamente ocurrieron la entrada de las tropas francesas en la capital, la proclamación y venida del Rey Fernando á Madrid y todo el calvario de desaires y desventuras que contra el nuevo y joven Monarca, á quien España idolatraba, y contra la libertad de la nación, fueron sutilizando los audaces invasores. Entonces la voz ahogada de las íntimas desconfianzas empezó en los labios de Daoíz y Velarde á desbordarse en gemidos de dolor por la pátria y el trono aprisionados y en anhelos de venganza y salvación.

Las oficinas de la secretaría del Estado Mayor y de la Junta Superior de Artillería y el cuarto de banderas del nuevo Parque del Palacio de Monteleón, fueron desde entonces piras constantemente encendidas donde hu-

meaban las antorchas del patriotismo. Pronto saltaron las inflamadas chispas á Segovia, cabeza del departamento; á su alcázar, poblado de animosos y resueltos cooperadores; á Toledo y á otras ciudades más ó menos inmediatas, donde el grito de alarma de los compañeros de Madrid despertó en todas las almas el fanatismo de la emancipación.

Ausentóse el Rey: creció la fiebre; se dilató el incendio, y en todos los corazones patriotas no latió ya más que una esperanza. ¿Pero cómo lanzarse sin plan, ni concierto, ni orden, ni medios al ímpetu del combate? Para organizarlo y concertarlo todo, Daoíz se hizo cargo de proporcionar el número y establecer la disciplina; Velarde del plan y de la organización.

VI

El proyecto para promover un gran levantamiento general en toda España y organizar las fuerzas y los medios militares que lo habían de sostener, no descansaba sobre datos imaginarios y cálculos empíricos. Confiado á Velarde, cuyo cargo en la Junta Superior Facultativa le proporcionaba los medios para poder apreciar con matemática exactitud todos los recursos disponibles, debía constituir un estudio analítico importantísimo, según se deja conocer por los pequeños fragmentos que se han conservado, gracias al cuidado que en recogerlos puso, en medio de las azarosas circunstancias en que se vió envuelto, un tío del capitán Velarde, D. Julián, hermano de su padre, en cuya compañía habitaba nuestro héroe en la calle de Jacometrezo, al ocurrir su glorioso martirio. Después de tan lúgubre tragedia D. Julián Velarde retiróse á Gijón para huir del lugar que había sido teatro de aquel horrible sacrificio. Mas en 1814 creyó que los papeles que había recogido no eran de su legítima propiedad, sino del Cuerpo en que el capitán D. Pedro

sirvió y de la pátria á quien hizo heróico y cruento holocausto de su vida. Remitiólos, por tanto, al Director general del Arma, el hidalgo García Loygorri, el cual, habiendo amado á Daoíz y Velarde, más que como compañeros, como hermanos, puso resuelto empeño en dejar el nombre de los héroes, en públicas memorias y en públicos monumentos de la gratitud nacional, asentados de una manera indestructible sobre el sublime escabel de su gloria.

Hé aquí exíguos trozos de aquel plan que comprendía toda la Península, y cuyas ultimas conclusiones deberían estar formuladas en preceptos ejecutivos y precisos para la acción:

«Estando los enemigos en Talavera de la Reina, escribe Velarde, pueden llegar á Cáceres en dos días y medio. Desde Castellobranco estarían en Alcántara en día y medio. Pero pudiera impedírseles el paso del Tajo desde las murallas de la villa que miran al Puente. Nuestras tropas de Extremadura y Alemtejo parece deberían reunirse á las de la izquierda del Guadiana, desde Jurumeña por Olivenza, Badajóz, Mérida y Medellín hasta la Mancha, y desde allí pudieran partir ofensivamente cuando llegasen las de Andalucía. Esto si no conviene conservar el Alemtejo, en el cual Yelves se defenderá con muy poca gente.

»Las tropas que están al Norte del Tajo parece deberían replegarse hacia Ciudad Rodrigo, Salamanca y Zamora. Desde allí marcharán reunidas hacia Benavente, donde pudieran esperar defendidas por el Duero y el Esla la llegada de los cuerpos de Galicia y de Asturias. Zamora puede defenderse con alguna artillería de batalla que pudiera llevarse de Ciudad Rodrigo. Sin embargo, resistiría pocos días. El fuerte de la Concepción debe abandonarse, retirando á Ciudad Rodrigo lo que se pueda con el fin de no emplear gente en su defensa, que no sería de utilidad alguna. Lo mismo el de San Feliú.

»Ciudad Rodrigo con sus seis compañías de urbanos,

su batallón de milicias y seiscientos ú ochocientos veteranos, de los cuales á lo menos ciento ochenta artilleros, y además sus abundantísimos almacenes, pudiera hacer una brillante defensa, si se nombra para ella un gobernador arrojado y un comandante hábil de artillería. No es una fortaleza de primer orden, ni aun de segundo, sino una plaza antigua, llena de remiendos, y con una falsa braga general, que oculta el pié del muro.

»En estos puntos conviene no haya ninguno de aquellos jefes descontentadizos que todo lo hayan de difícil defensa y que, enamorados de los grandes y hermosos baluartes y revellines, nada hallan fuerte sino ellos. Repito que puede defenderse Ciudad Rodrigo, y más no teniendo el enemigo otro tren para expugnarla que el de batalla. Se debería empezar haciendo salir á las mujeres á los lugares inmediatos. No obstante convendría aprovechar el tiempo y sacar de allí parte de los mil novecientos fusiles que hay ahora y algo de los trenes de batalla; pues al cabo si no se obligaba al contrario á levantar el sitio, la plaza tendría que entregarse.»

Con esta prolijidad parece estaba escrito todo el plan que Velarde trazó sobre el papel y esculpió materialmente en su imaginación para realizarlo, pues, como Novella dice: «le animaba un deseo ardiente de desenvolver sobre el campo de batalla todos sus conocimientos militares, su valor, su entusiasmo guerrero, cuando la noble empresa no era nada menos que la libertad del Rey y la independencia de la pátria».

VII

La actividad de Daoíz giraba en otra esfera: en la de sumar cooperadores resueltos, de gran reserva, de viril energía y de probada capacidad y denuedo, para poner por obra con éxito seguro tan vasto plan.

De los Navarro Sangrán, en el Estado Mayor, así

como de Navarro Falcón, en la Junta Superior, ni se recataban los dos capitanes, ni les exigían adhesión explícita, respetando en ellos la jerarquía, como sus jefes inmediatos. Mas Osma, González, Areco y Vargas en la primera de aquellas secretarías y Novella, el ordenador Silva y el comisario Gallego en la Junta, con todos los subalternos, entraban con fé ardiente en el complot, á los que desde fuera se les unieron á la primera advertencia en Madrid Cónsul, en Toledo Córdoba, Valbuena en Plasencia y en Segovia Dátoli, Carpegna, Dalp, Carassa y otros. Además de estos oficiales, todos artilleros, fueron comprometiéndose algunos otros de los varios cuerpos que habían quedado, aunque en cuadro, de guarnición en la capital, y muchos jefes y clases de las compañías de Guardias de Corps.

Era D. Joaquín de Osma y Tricio, caballero profeso del hábito de Santiago, capitán primero de Artillería, como Daoíz, aunque de promoción más moderna, y, como éste también, había decorado los ascensos de su carrera, no con los méritos de la antigüedad, aunque tan respetables, sino con los personales contraídos en las guerras del Rosellón y de Portugal. Tenía el carácter jovial y franco de los hijos de la Rioja, en cuyo lugar de Nalda había nacido. Era el tipo del militar elegante, nimio observador de la moda en el traje, de modales caballerescos y agradables, de viva fantasía y aún más viva palabra, á veces arrojado, á veces un poco insolente y provocativo, bastante pendenciero y extremadamente quisquilloso en puntillos de honor. Disputábanselo los Generales para sus ayudantías, y así Autrán, en las dos últimas campañas contra la República francesa, y Vallejo en la de Extremadura, tuviéronle á sus órdenes cerca de sus personas, como posteriormente el Príncipe de la Paz.

Bajo aquel velo superficial de un carácter travieso y frívolo, escondía Osma un corazón lleno de valor, mente dispuesta para la meditación más profunda, excelente ojo militar y todos aquellos elevados sentimientos que

exalta el más alto y celoso concepto del honor, en aquella ocasión condensado en el delirio del patriotismo.

También D. Juan de Areco y Fernández de Mesa pertenecía á la religión de los caballeros de Montesa, y Córdoba fué su cuna. Estaba graduado de coronel de infantería, y antes de ilustrar su nombre en el sitio del castillo de Bellegarde y en el asalto del campamento de Boulon en la guerra del Rosellón, habían probado los ingleses el fuego de su artillería en la rendición del castillo de San Felipe en la isla de Menorca y en el sitio y bloqueo de Gibraltar. Del mismo modo lo vió denodado África en la memorable defensa de Orán.

Don Juan Nepomuceno Cónsul y D. César González, aquel de Oviedo, de la Coruña éste, eran más jóvenes, mas no menos baqueteados en las funciones de la guerra. Daoíz amaba á Cónsul con ternura de hermano. Túvole de compañero en Céuta y luego más tarde en Cádiz, mandando los dos las tartanas cañoneras con hornillo de bala roja, que el General Mazarredo alistó para impedir la entrada de las formidables escuadras inglesas en aquella codiciada bahía. Cónsul era también de los españoles que á bordo de nuestras naves fueron á alentar contra la República en Francia el fuego monárquico en la desdichada empresa de Tolón. González, después de alcanzados los laureles militares en las campañas de Navarra y de Vizcaya, de haber construido la famosa batería de Altoviscar y de haber batido con sus cañones de á 12 el fuerte de Castil-Piñón, prisionero en Fuenterrabía, compartió con Daoíz el rigor de las prisiones francesas hasta que se hizo la paz.

> Por último, D. Francisco Novella y Azebal, hijo de Madrid, teniente coronel del cuerpo y vocal por la parte militar de la Junta Superior, no solo había sido promocionario de Daoíz, sino su compañero en Orán en 1792, su compañero en las fronteras de Francia en 1794, donde el sitio de Bellegarde, los campos de Portellás y de Trullás y las avanzadas de Montesquiou, ilustradas con su

propia sangre, le vieron siempre mandando las baterías de vanguardia, y finalmente su compañero en los depósitos de Tolosa, en que con aquel devoró las amarguras de la cautividad extranjera.

Los demás primeros cooperadores de la conspiración que la prestaron el concurso de sus personas y de su entusiasmo, como de haber madurado, la consagraran con el de su acción militar, fueron el segoviano D. Francisco Dátoli, profesor primero de la Academia de Caballeros Cadetes, el teórico más sábio de los de su tiempo en España, que más tarde manchó el prestigio de una honrosa y larga carrera, muriendo en Sevilla en el servicio de los enemigos; el capitán y profesor de la misma Academia D. José de Córdoba y Figueroa, natural de Ronda, carácter reconcentrado y taciturno, mas de resoluciones tan firmes como perseverantes; D. Francisco Javier de Carassa, al igual de Osma, caballero profeso de la órden de Santiago, á cuyo mando estaban las cuatro compañías del quinto departamento; D. José Dalp, de Madrid, ayudante de la misma Academia de Cadetes de Segovia y el subteniente de la compañía de éstos D. Felipe Carpegna, jóven oficial de veintiseis años, andaluz, del Campo de San Roque, atrevido, alegre, ambicioso y ávido de empresas en que ilustrar la fama. Finalmente, desde Plasencia correspondía con Daoíz su comprometionario y paisano D. Rafael de Valbuena, coronel director de la fábrica de armas, y que había sido prisionero con él en Francia, comandante con él de las lanchas cañoneras en Cádiz y como él de los artilleros de tierra que prestaron largos servicios en el mar á bordo de nuestros navíos.

Si, como es de presumir y casi evidente, hubo en los demás departamentos y puestos servidos por oficiales del arma, muchos más cómplices y correspondientes de Daoíz y Velarde para esta confabulación tan temeraria como generosa, todavía la investigación más esquisita no ha podido determinarlo con documentos de autenticidad.

VIII

Con propicio ambiente medraba el plan de los artilleros de Madrid, llevado con secreto impenetrable, sin necesidad de juramentos sectarios ni despóticas disciplinas y solo mantenido entre tantos por el patriotismo y por el honor. Fuera de los oficiales del arma eran muy contadas las admisiones de los demás cuerpos; pues, aunque las tropas de Casa Real y otras de la guarnición lealmente participaban de los mismos patrióticos temores y de la misma ansiedad de vengar á la patria y al Rey de los ultrajes del pérfido invasor, ó eran fuerzas que con no estar suficientemente organizadas para la guerra, como la de los Guardias de Alabarderos, solían comprometerse cometiendo bastante públicas inconsideraciones, ó no contaban todavía entre sus jefes y oficiales, como sucedía con los Voluntarios de Estado de la calle ancha de San Bernardo y con los Carabineros Reales de la Plazuela de la Cebada, aquella perfecta conformidad de resolución tan necesaria para el momento preciso en que la oportunidad exigiera el ímpetu unánime de la acción.

Llevaban los artilleros el disimulo á las más apetecibles perfecciones del arte: sobre todo el capitán Velarde, objeto especial de los frecuentes alhagos del Gran Duque de Berg. Habíase informado éste del elevado concepto que disfrutaba entre todos los individuos de la milicia española, y recordando la comisión de cortesía con que se le presentó en Buitrago, y comprendiendo la utilidad que podría prestarle la posesión de un hombre que así por su capacidad personal, como por el cargo que desempeñaba, era el más diestro conocedor al detalle de cuantos recursos militares y de guerra tenía á la sazón España, no solo procuró rodearle de los ayudantes del Comandante General de la Artillería francesa, el General La Riboussière, para que se introdujeran en su familiaridad y en

su confianza, sino que él mismo auxiliaba el trabajo catequizador de éstos, meditándole distinciones, como la muy frecuente de invitarle á su mesa franqueándole la puerta del trato continuo. Velarde, que con frecuencia predicaba entre sus compañeros: «*Necesitamos mucho guardarnos de ser francos: ahora nos rodearán con cuidado para explorar nuestra opinión;*» á cada nuevo avance de aquella interesada industria de la urbanidad, solía exclamar: «*¡Estos gabachos creen que no los conocemos!*»

Por su parte dejábase sondear, aunque sin soltar más prendas que las aconsejadas por su propia cautela para mantenerles la ilusión, mientras él á su vez los estudiaba á fondo. No era esto enteramente imposible, porque los franceses se vendían descubriendo sus intenciones mal veladas, con aquella febril diligencia que ponían en inquirir y en informarse de todo: estado de nuestras fábricas, depósitos de armas, distribución de fuerzas y otras cosas semejantes. A veces, sirviéndoles de acicate ó para burlar nuestra credulidad ó para adquirir datos sobre que se hallaran inciertos, valíanse del recurso de hacer las proposiciones más capciosas ó más extravagantes. Nuestro Ministro de la Guerra, D. Gonzalo O'Farril, consultó á la Junta Superior de Artillería si era admisible el cambio de un quintal de pólvora francesa que La Riboissière ofrecía por su equivalente en salitre. Velarde evacuó el informe y fué de dictamen, que menos peligroso sería cambiarles pólvora por pólvora.

Su estudio sobre los oficiales de la artillería imperial había hecho formar á nuestro ilustre artillero el más pobre concepto de la solidez de su instrucción científica, y frecuentemente decía á sus compañeros: *La revolución francesa ha borrado la teórica de estos arrogantes y sus continuadas campañas han aumentado su práctica. No tienen ninguna otra superioridad.*

A veces, en las continuas indagaciones y preguntas de que era objeto por parte de los oficiales extranje-

ros, contestábales de burlas. Habiéndosele preguntado: *¿Cuánta pólvora se fabrica en Toledo?* Contestó: *Tanta como en Madrid.* Cada día violentábase más su ánimo del contacto de una gente tan pérfida, y llegaron á serle tan repugnantes las invitaciones del Gran Duque de Berg, que solía despedirse de sus compañeros para concurrir á ellas, no siéndole admitidas en su posición las excusas, é inducido por los imprescindibles deberes de la cortesía, diciendo: *¡Vamos á conocer de cerca á esta canalla!*

Todas estas anécdotas las atestiguan los informes de Novella, á que tantas veces me he referido, y los de Navarro Falcón.

IX

Cuando el plan para la insurrección estuvo perfeccionado «no á todos lo manifestó Velarde, dice también Novella, sino lo consultó con el Comisario ordenador de Artillería, D. Alejandro de Silva, con el entonces coronel D. José Navarro Falcón, con el capitán D. Joaquín de Osma, con el comisario D. Andrés Gallego y conmigo y con Daoíz.»

El plan se aprobó y pareció admirable; pero mientras se ponía en ejecución, comunicando á cada departamento las disposiciones que les concernían, preparándose para los posibles eventos en Madrid, donde todos los recursos para la guerra estaban vigilados, intervenidos ó secuestrados por parte de los franceses, haciéndose muy difícil poderlos reconcentrar, «á pretexto de necesitar se completara la dotación de cartuchería de fusil y cañón para los ejercicios de instrucción, quedó Daoíz encargado de construir de una y otra clase, sin que de ello pudiera resultar gran sospecha por estar este capitán encargado del detall de la plaza.» Como comandante de la Artillería de ésta el coronel Navarro Falcón, debía tener conocimiento de lo que Daoíz se había encargado y aun prece-der sus órdenes; contribuyó, no obstante, al objeto, per-

mitiendo tácitamente la construcción de cartuchos, cuya elaboración, así como la de metralla y la habilitación de algunas piezas se emprendió en seguida, corriendo la voz de que aquello se hacía para ejercicios doctrinales.

Recorrióse la armería para rectificar con precisión el número de fusiles con que podía contarse, además de una gran remesa que había anunciado Valbuena desde Plasencia, de donde de cualquier modo se hacía necesario retirarlos para que los franceses no se apoderasen de ellos, como lo habían ejecutado en otros puntos. No dejaron de observar éstos con inquietud y recelo algo extraño, aunque de común acuerdo, nuestros artilleros procuraban no darles motivos para la sospecha. Mas no bastaron las precauciones. Fuese que sintieran los estímulos de la desconfianza, fuera que hubiesen notado algún hecho inadvertido ó que alguien les hubiese llevado la delación, pidieron á O'Farril, é inmediatamente obtuvieron de nuestro Ministro de la Guerra, primero autorización para introducir algunos efectos suyos en el Parque, y luego que se les permitiera poner en él una guardia para custodiarlos.

Con este espionaje, todo comenzó á embarazarse. Tenían los oficiales extranjeros de aquella guardia orden de observar todo y dar parte de cuanto allí ocurriese. Dieron en breve con las oficinas donde se preparaba la construcción de la cartuchería de fusil. Trataron de inquirir para qué se aprontaba tanto número, y denunciando el hecho á sus jefes y formulada reclamación á las autoridades militares españolas, dictóse por el Ministro de la Guerra providencia para que se suspendiera la fabricación. «Aún se trasladó el taller, dice Novella, á una casa particular y continuó la tarea; pero en esta forma, las dificultades naturales de una operación de este género hicieron que la elaboración adelantara poco, porque se redujo el número de operarios, y era preciso además mantener precauciones y un sigilo que hacía perder mucho tiempo.»

De todos los departamentos de la Península se avisaba que, realizados los preparativos, solamente se esperaban las órdenes para obrar. Ya estaban elegidos y marcados los lugares en que se había de sorprender é interceptar al paso los correos franceses, apoderándose de la correspondencia; ya estaban designados los puestos donde habían de concentrarse las tropas veteranas y las milicias para formar los ejércitos, los parajes en que se habían de acopiar las armas, municiones y víveres, como depósitos seguros, los Generales y oficiales con los mandos respectivos que habrían de ejercer, y, finalmente, prevenidos todos los medios necesarios para destruir los de comunicación y transporte en las inmediaciones de las plazas y acantonamientos ocupados por los franceses y para despertar súbitamente el entusiasmo dormido en el cuerpo general de la nación. En una palabra, ya estaba adoptado todo el sistema de guerra que se había de plantear y proseguir sin intermisión hasta expeler completamente al enemigo de la Península. «En estos cálculos y en los demás que eran su complemento, dice Novella, había desplegado Velarde todo lo más profundo de sus principios militares, el conocimiento intuitivo, mas bien que experimentado en tan lozana edad, que tenía de la vida y de los hombres, y por donde á primera vista se reconocía la noble fe y el sublime entusiasmo con que el aún joven capitán de Artillería se había entregado á aquella admirablemente urdida combinación orgánica y estratégica.»

Mas ¿cómo llegar á su ejecución, enteramente á espaldas del poder constituido, sin falsear la base de todo el edificio levantado y cayendo en el abismo de la insubordinación? Aunque aquel puñado de espíritus intrépidos y valerosos, por medio de sus trabajos ya realizados, lograsen hacer secundar sus órdenes á todas las autoridades de las provincias, ¿cómo asumir en sí la inmensa responsabilidad de dividir de nuevo el poder supremo de la nación é introducir en todo el reino, con un nuevo or-

ganismo de poder intruso é ilegítimo, un principio de anarquía más peligroso mil veces que la misma guerra con el extranjero que se trataba de provocar? Estos juiciosos escrúpulos fueron objeto de largas deliberaciones, sin haber llegado á una resolución común. Todos sabían que en las crisis supremas que han de transformar *ab imis fundamentis* las bases viciosas de una situación violenta que conviene derrocar para la salud de todos, hay que arriesgar los más caros intereses y los sentimientos más elevados que subordinan la idea del deber. ¿Qué habría sido de la misma Francia si el 18 brumario Napoleón hubiera contenido los arranques temerarios de su espíritu audaz en las consideraciones, que entonces podían llamarse nimias, de la disciplina? Pero al mismo tiempo, ¿quién entre aquel puñado de jóvenes oficiales estaba en aptitud proporcionada para arrogarse con éxito el papel del General Bonaparte en aquella jornada memorable de la Revolución?

Velarde quería afianzar las seguridades de la empresa, entregando su honor y su gloria al Gobierno que Fernando VII había dejado constituido en Junta de Estado al salir para la asechanza que en Francia el Emperador le había tendido. ¡Consideraba á sus autorizados miembros imbuídos del mismo espíritu fervoroso que él y sus amigos alentaban por la salvación de la patria! No obstante, á la ceguedad de estos fanatismos debió el consejo de un paso precipitado y antipolítico que á todo riesgo dió, sin consultar con nadie su determinación. Inopinadamente presentóse á O'Farril. Avezado éste al disimulo de sus antiguos puestos diplomáticos, sagaz y astutamente arrancó á Velarde todo su secreto. Mostróse estupefacto ante el arrojado plan de los artilleros, y expresando frases de aprobatoria admiración ante un proyecto tan diestramente combinado, lisonjeó á su autor por su saber y acierto y le ofreció su cooperación secreta, pero decidida, para realizarlo. Daoíz, al conocer los pasos aventurados de Velarde, que éste mismo le refería poco

después con el júbilo que á su crédula confianza habían inspirado aquellos falaces ofrecimientos, no profirió ni una frase de censura, no le arguyó el menor cargo, pero palideció. La inteligente vivacidad de Velarde le dirigió entonces una pregunta de la mayor ansiedad con una melancólica mirada. Daoíz, sin reconvenirle, reposadamente, le dijo: *Todo está perdido, pero tú y yo sacrificaremos la vida por la patria*, y le estrechó la mano.

Novella añade: «Pronto se notaron disposiciones y precauciones por los franceses; pero mandadas ejecutar por el mismo Ministro, que lo deshicieron todo. Se empezó á disponer de los oficiales de Artillería, alejándolos de los destinos en que podían ser temibles. ¿Cómo ha de reseñar mi pluma ni dónde buscará expresiones para dar, á lo menos, una idea del estado de tristeza, abatimiento y profundísima melancolía en que todos nos sumergimos, y con particularidad Daoíz y Velarde? En éste la desesperación reventó en un furor desmedido; en Daoíz en una suspensión de espíritu que le tenía soñoliento y arrinconado en su casa continuamente, y á mí me produjo una debilidad en lo físico que al cabo me postró en la cama. ¡Esta era nuestra situación en la noche del 1.º de mayo de 1808!»

.....

.....

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

ARCHIVO
FACULTATIVO DE ARTILLERÍA



18
8